

temed que la desesperacion no les obligue á procurar salvarse abandonándoos á vosotros mismos. Cuan fatal os seria una tal resolucion, tiemblo de pronunciarlo, y os lo dejo juzgar á vosotros mismos.» Dijo, y volvió á sentarse acariciando la espada.

Ninguno habló mas; la mocion adoptada sobre la marcha, fue tramitada al otro dia á la cámara alta. Un momento los lores parecieron titubear; el debate duraba mucho: dos declaraciones llegaron del ejército; una dirigida á la cámara baja, llena de felicitaciones al par que de amenazas contra sus enemigos; la otra á los lores suave y moderada, pidiendo que cesasen los rumores que corrian sobre el peligro de la patria, y prometiendo sostenerla en todos sus derechos. Los débiles, ó parecieron asustados ó tranquilos segun sus intenciones; la discusion dejó de estar indecisa, y al momento del voto definitivo, los lores Warwick y Manchester protestaron únicamente contra la adopcion.

Viva y temible protesta estalló como en venganza por todo el reino: «Quedan ya justificadas, gritaban los realistas, aquellas acusaciones, aquellas predicciones, tratadas tantas veces de quimeras ó calumnias», y por todas partes un sin número de gentes maldecian con ellos tan detestable traicion. Antes que el rey hubiese podido contestar á la declaracion de las cámaras aparecieron muchas contestaciones, hijas del espontáneo celo de simples ciudadanos. Jamás tantas conspiraciones realistas, jamás tantas y tan violentas sátiras habian circulado por Westminster. En la misma isla de Wight, el capitán Burley, oficial retirado de marina, hizo de repente redoblar el tambor en las calles de Newport, y acaudillando una porcion de trabajadores, niños y mujeres, se puso en marcha á su frente para sacar al rey de prision. La tentativa quedó burlada al momento, y Burley ahorcado como por haber querido hacer la guerra al rey y al parlamento. Sin embargo, las mismas disposiciones, los mismos deseos agitaban los condados, aun los mas enemigos de la causa real; y hasta en las puertas de Westminster, los soldados reformados del ejército de Essex, se paseaban tumultuosamente gritando: ¡Viva el rey! deteniendo los coches para obligar á los que transitaban á beber á su salud.

Indignábanse los republicanos al ver de esta suerte turbada su victoria: en vano recibian felicitaciones de algunos condados; en vano las cámaras proclamaban sus deseos de reformar las leyes civiles, y hacer menos difícil la justicia; en vano suspendian los diputados sus privilegios en materia de deudas y persecuciones: estas importantes mejoras solo eran

vivamente deseadas y apreciadas de su mismo partido, y de algunos espíritus superiores; las unas chocaban con las preocupaciones del pueblo, y las otras con su ignorancia. Fue preciso suplir la popularidad con la tiranía. Continuáronse las persecuciones ya principiadas contra los miembros de las dos cámaras y magistrados de la municipalidad, presuntos autores ó conmovedores de los movimientos presbiterianos y realistas: todo aquel que habia hecho armas contra el parlamento fue desterrado de Londres, prohibiéndole acercarse á la distancia de menos de veinte millas; se ordenó una revista general de los jueces de paz del reino, á fin de desempear á aquellos cuyos sentimientos fuesen sospechosos; se decretó que ningun delincuente, ninguno que hubiese tomado parte, ó meramente hubiese acusado de alguna conspiracion contra el parlamento, no podria ser elegido lord corregidor, ó fiel de fechos, ó miembro del consejo municipal de la capital, ni concurrir á la eleccion de sus oficiales; esta misma prohibicion fue dada al momento, tocante á las funciones de jurados y eleccion de miembros de la cámara. Se mandó á la comision encargada de reprimir la libertad de imprenta, reunirse diariamente, y se puso á su disposicion una cantidad, para recompensar al que descubriese un escrito subversivo. Finalmente el ejército pasó otra vez por Londres con gran tren de guerra, y se destacaron tres mil hombres para acuartelarlos en lo interior de la ciudad, cerca de Whitehall y la torre.

Los fanáticos, los hombres de alma mezquina y dura y la mayor parte del partido, aplaudian estas medidas, manifiesta prueba de su fuerza y redoblaban su ardor. Solo Cromwell se prestaba con inquietud á estas medidas, no por escrúpulo, ni porque dudase en hacerlo todo para salir airoso; sino porque á pesar de sus resoluciones contra el rey, le parecian insensatas las esperanzas y las pretensiones de los republicanos: creia que en todos los condados, los principales terra-tenientes, los ricos labradores, casi todos los hombres notables, se retirarian de los negocios públicos, abandonarían las comisiones administrativas, las magistraturas locales, y pasarían el poder á manos de gente de inferior condicion, que procurando enriquecerse, serian capaces de ejercerlo con vigor, pero carecerían de aptitud para conservarlo. No podia creer que la Inglaterra consintiese ser de esta suerte gobernada por mucho tiempo, ni que nada durable pudiese cimentarse con la legal persecucion de tan considerable número de ciudadanos, y finalmente recelaba que la discordia y la anarquía creciendo aun mas cada vez en el parlamento, y bajo su imperio, llegarían á ser fatales á los mismos vencedores. Su infatigable imaginacion busca-

ba algun medio para poner términos, y señalar á lo menos en aquel oscuro caos el mas seguro y pronto camino para llegar á la grandeza.

Convidó un dia á comer á los principales independientes, y presbiterianos, tanto eclesiásticos como seculares, y les manifestó la necesidad de conciliarse, ó bien desistir de sus quejas haciendo causa comun para oponerse á los nuevos peligros que era fácil prever. El carácter de los presbiterianos era demasiado altanero y sus pretensiones teológicas sobradamente exclusivas para prestarse á tales combinaciones. La conferencia no tuvo resultado. Cromwell reunió otra, de algunos políticos, la la mayor parte generales como él y republicanos. Era preciso, dijo, que buscasen de concierto cual era el gobierno que convenia mejor á la Inglaterra; pues eran ellos á quienes tocaba arreglarlo; pero en su interior solo pretendia indagar con quienes se podia tratar y lo que podria esperar ó temer. Ludlow, Vane, Hutchinson, Sidney, Haslerig, se declararon abiertamente contra toda especie de monarquía, como reprobada por la Biblia, por la razon y por la esperiencia.

Los generales fueron mas reservados; segun ellos, era buena la república, pero dudoso su éxito; lo mas prudente era no obligarse, consultar el estado de los negocios, para lo que se necesitaba tiempo, y obedecer siempre las impulsiones de la Providencia. Los republicanos insistieron en que se esplicasen sin rodeos. La discusion se acaloraba; Ludlow, entre otros, precisaba á Cromwell á pronunciarse, porque, en su concepto todos querian conocer á sus amigos. Cromwell eludia la contestacion dando otro giro á las ideas y riéndose á carcajadas, hasta que al fin viéndose sumamente acosado salió del compromiso valiéndose de una verdadera bufonada: se fué arrimando con disimulo á la puerta del aposento, tiró un almohadon á la cabeza de Ludlow, y se escapó saltando y riendo. Ludlow se contentó con devolverle la chanza.

Entre tanto amenazaba el peligro; el número y atrevimiento de los mal contentos se aumentaba cada dia, no solo en el Oeste y el Norte, sino hasta en los alrededores de Lóndres; en los condados de Middlesex, Essex, Sarrey Kent, ya en la mesa de algun gentil-hombre, ya en los paseos, en todas partes donde los caballeros se podian concertar y tratar, se manifestaban abiertamente las peticiones, conspiraciones é insurrecciones realistas. En Cantorbery, el dia de Navidad, cuando el corregidor quiso hacer observar la ordenanza que prohibia la fiesta, un violento tumulto se levantó á los gritos de *¡Dios, el rey Cárlos y país de Kent!*; el arsenal de la ciudad fue derribado, las casas de muchos parlamenta-

rios atacadas, las autoridades municipales bastante maltratadas, y si prontamente no hubiesen llegado algunas tropas, los paisanos del alrededor ya se disponian á sostener la sedicion.

En Lóndres, un domingo, á la hora del sermón, unos aprendices jugaban á bolos en Moorfields; una patrulla de milicias los quiso sacar de allí; ellos se resistieron, y dispersaron á los milicianos: pronto fueron ellos mismos dispersados tambien por una partida de caballería, y se esparcieron por la ciudad llamando en su ayuda á sus compañeros y á los marineros del Támesis: numerosas bandadas acudieron de todos los barrios; se reunieron por la noche, sorprendieron dos puertas de la ciudad, tendieron escombros por las calles, y tambor batiente atacaron la habitacion del lord corregidor, á los gritos de *¡Dios y el rey Cárlos!* se apoderaron de un cañon, despues de un almacen de armas, y al nacer la aurora eran al parecer dueños de la ciudad.

Un consejo de guerra estuvo reunido toda la noche: deseaban atacarlos; pero se dudaba si serian bastantes los dos batallones que estaban de guarnicion en Lóndres, ó si era menester aguardar refuerzos. Fairfax y Cromwell fueron de parecer que se les atacase inmediatamente; el suceso no quedó incierto; cerca del mediodia, no resonaba ya por las calles sino el paso regular de los soldados que volvian á sus cuarteles. Con todo no por haber huido el pueblo estaba vencido, cada dia algun inesperado acontecimiento redoblaba su cólera y le infundia aliento: habiendo los miembros presbiterianos, y el alderman de la capital, sido llamados por los diputados á comparecer ante la cámara alta, se negaron obstinadamente á reconocer su jurisdiccion, y no quisieron arrodillarse, ni quitarse el sombrero, ni escuchar la lectura de sus cargos: cada vez que habian comparecido en Westminster, la multitud, cuando salian, los recibia con aclamaciones. Se prohibieron las juntas; se dió á los comisionados administrativos de cada condado el derecho de arrestar y encarcelar á todo malévolo, aunque solo fuese por sospechas; la fermentacion á pesar de eso crecia con mas rapidez que la tirania.

En Norwich, Bury-Saint-Edmunds, Thetford, Stowmarket y en muchos otros lugares, por el menor motivo se tocaba llamada, los habitantes se armaban, y no siempre se libaban las tropas con solo dar amenazas paseos. No tardaron en manifestarse otras causas mas terribles que las asonadas de los paisanos. Al mediodia del país de Galles, en el condado de Pembroke, los coroneles Poyer y Powel, y el mayor general Langhorn, distinguidos oficiales que habian hecho su fortuna en el ejér-

cito del parlamento, se separaron de él, enarbolaron el estandarte real, y sostenidos con la insurreccion de los caballeros del alrededor, vieron toda la provincia en pocos dias declarada á su favor. Casi al mismo tiempo se habia reunido el parlamento de Escocia; Hamilton y los realistas, bajo el nombre y apariencias de moderados presbiterianos, habian prevalecido en las elecciones; en vano Argyle y la mas ardorosa porcion del clero se esforzaban en acechar sus pasos; en vano comisionados de Inglaterra repartian en Edimburgo dinero y amenazas: circunspecto, humilde en su lenguaje con los fanáticos, pero decidido en su interior á favor del rey, el parlamento votó inmediatamente que se formase una comision revestida del poder ejecutivo, y el levantamiento de un ejército de 40,000 hombres, encargado de defender contra los republicanos y sectarios al pacto y á la dignidad real.

Los realistas del Norte de Inglaterra solo esperaban esta señal para decidirse; habia mas de un mes que sus principales jefes, Langdale Glenham, Musgrave, tanto en público como en secreto, concertaban con Hamilton su plan de insurreccion. En Irlanda, lord Inchiquin, gobernador de la provincia de Munster, y hasta entonces el mas firme apoyo del parlamento contra los insurgentes, siguió tambien por esta vez las banderas del rey. Finalmente, al saberse en Lóndres estas noticias, en las cámaras y la municipalidad, levantaron los presbiterianos la cabeza y para encubrir sus esperanzas, hablaban mucho de sus temores. Un tal John Everard vino á asegurar bajo juramento al consejo municipal que la noche anterior estando él en su cama en la posada de la Jarretiere en Windsor habia oido en el aposento vecino al suyo á muchos oficiales, entre ellos al cuartel-maestre general Grosvenor y al coronel Ewers, prometerse mutuamente que así que los escoceses pondrian un pie en el reino, el ejército entraria en Lóndres, desarmaria á todos los ciudadanos, exigiria un millon de libras esterlinas, so pena de saqueo, y obligaria además á todos los hombres de buenos sentimientos á alistarse en sus regimientos. Segun decia Everard, sabia ya Ireton estos designios.

Inmediatamente se dirigió y envió una peticion á las cámaras; el consejo municipal pedia que la capital fuese repuesta en posesion de algunas atribuciones que le habian sido quitadas á consecuencia de la última sedicion; que el ejército alejase su cuartel general y que todas las fuerzas de Lóndres y los arrabales fuesen puestas al mando de Skippon. Estas demandas fueron otorgadas al instante; y al otro dia, 28 abril, despues de una discusion de la que no tenemos ningun fragmento, la cá-

mara decretó: 1.º Que no alterarian nada de la ley fundamental del reino por lo tocante á un rey, lores, y diputados del pueblo. 2.º Que las proposiciones ofrecidas al rey en Hamptoncourt serian la base de las medidas que era menester adoptar para restablecer la tranquilidad pública. 3.º Que á pesar de la votacion del 5 de enero precedente, que prohibia toda direccion al rey, todo miembro seria libre de proponer lo que le pareceria exigir la tranquilidad del país.

Tres semanas antes Cromwell habia previsto y procurado atajar aquel desastre: en nombre de los jefes del ejército y del partido, habia hecho ofrecer al consejo municipal volver á esta corporacion el mando de su milicia, de la torre, y poner en libertad á los aldermanes presos, mientras ella se obligase á no hacer nada en favor de los escoceses en su próxima invasion; pero fueron rehusadas sus ofertas. Obligado á renunciar á toda especie de conciliacion, cuando vió tomar ánimo á los presbiterianos en la municipalidad, y adquirir crédito en el parlamento, le vinieron deseos de arriesgar un golpe decisivo.

Dirigióse al cuartel general, hizo convocar un consejo de oficiales, y haciendo correr la voz de que el ejército marchaba sobre Lóndres, espulsó á todos sus adversarios de la cámara; y finalmente en nombre de la pública salvacion y de los hombres de bien tomó posesion del poder. Por un momento fue adoptada esta proposicion: con todo, un ataque descubierto contra los derechos del parlamento, tanto tiempo ídolo y dueño del país, admiró á los mas atrevidos, y los llenó de temor. Fairfax que empezaba á inquietarse vivamente desechó las instancias del teniente general, que queria dar órdenes inmediatamente; el proyecto fue abandonado. Tras de este doble descontento, sospechoso á unos por sus tentativas de conveniencia, á otros por la violacion de sus deseos, incapaz Cromwell de suportar la inaccion y la duda, resolvió dejar inmediatamente á Lóndres, combatir á los insurgentes del Oeste, y recobrar con la guerra el ascendiente que se le iba escapando.

Poco le costó obtener de las cámaras esta mision; mientras hacian sus preparativos las tropas que le debian acompañar, se quejaba un dia con Ludlow de su situacion, esplicando lo que habia hecho por la causa comun, los peligros y odios que habia despreciado, tachando de ingratos á los de su partido. Ludlow acogió sus quejas, le manifestó á su vez cuantos motivos y pretestos habia dado para desconfiar de él; le precisó á poner coto á sus intrigas y miras ambiciosas, y bajo esta condicion le prometió el sincero apoyo de los republicanos: Ludlow quedó encantado

de la dócil atención con que había oído sus consejos. Pocos días después al frente de cinco regimientos se puso en marcha Cromwell hacia el país de Gales; y casi á las puertas de Londres tuvo una entrevista con los ministros presbiterianos, de la que se retiraron satisfechos.

Apenas hubo marchado, cuando la guerra que iba á buscar estalló por todas partes alrededor del parlamento: los caballeros se habían propuesto no intentar nada, antes de entrar en el reino los escoceses, pero cada día, en cualquier lugar, los deseos del pueblo, una favorable ocasión, una inesperada circunstancia, necesaria al parecer, precipitaba la insurrección. Los habitantes del condado de Essex pidieron abrir una negociación con el rey y con el ejército licenciado, después de haberles pagado el prest. A su ejemplo, siete ú ochocientos hombres propietarios y arrendadores, del condado de Surrey, se dirigieron á Londres, llevando igual petición; pero su estilo era más altanero: querían que el rey fuese conducido á Whitehall, subiendo de nuevo al trono con la esplendor de sus pasados; llegados á Westminster, al atravesar los corredores y salas, algunos de ellos dirigiéndose á los soldados: «¿Podeis permanecer, les dijeron, guardando esta manada de villanos?» Los soldados respondieron con calor á estos agravios; la disputa se fue haciendo más grave; la guardia fue desarmada y un soldado herido. Sobrevino un refuerzo de tropas, y atacados á su vez los peticionarios, perseguidos de corredor en corredor, de sala en sala, de calle en calle, solo huyeron después de obstinada resistencia y dejando á las puertas del parlamento cinco ó seis muertos.

Con estas noticias los realistas del condado de Kent, que preparaban también una petición, se organizaron en diferentes cuerpos de á pie y á caballo, eligieron oficiales en lugares distintos, tomaron por general á lord Goring, conde de Norwich, ocuparon Sandwich, Douvres, y otros muchos fuertes, y reunidos en Rochester en número de más de 7,000, se prometieron ir juntos y armados á presentar su petición al parlamento. Desde que bajo este pretexto se enarboló el estandarte de la rebelión, otros también lo enarbolaron sin tomarse el trabajo de manifestar su parecer ni deseos. Sir Carlos Lucas en el condado de Essex, lord Capel en el de Hertford, sir Gilbert Biron en los alrededores de Nottingham, reclutaban abiertamente para el ejército del rey. Se supo que en el Norte para abrir paso á los escoceses al reino, Langdale y Musgrave, sorprendieron y se apoderaron el uno de Berwick, y el otro de Carlisle.

Alguna fermentación apareció también en la armada estacionada en

las Dunas; Rainsborough, vice-almirante, partió inmediatamente para contener á los marineros, pero estos no quisieron reconocer su autoridad, embarcaron á todos los oficiales en una chalupa, los dejaron en tierra, y se declararon por el rey sin ningún jefe de mayor categoría que contra-maestre: hicieron vela para Holanda, donde el duque de York, que había logrado fugarse de Saint-James, y muy luego el príncipe de Gales, tomaron el mando. En Londres mismo tenían lugar muchas conspiraciones, circulaban proclamas realistas, grupos armados traspasaban la ciudad para reunirse á algún cuerpo de insurgentes; la casa del conde de Holland, la del joven duque de Buckingham, estaban á todas horas llenas de descontentos que iban á saber el día, hora y punto en que debían estallar las sediciones. Por todas partes la insurrección, en fin, hervía como indomable incendio, se propagaba, abrumaba más y más á Westminster; y todos los esfuerzos del comisionado de Derby-House, donde dominaban los independientes, toda la habilidad de Vane y Saint-John en provocar denuncias y descubrir tramas, no impedían que el grito de *Dios y el rey Carlos* resonase sin cesar en los mismos oídos del parlamento.

Los mismos presbiterianos se asustaron: los escoceses, su más firme apoyo, no acababan de llegar; veían cercano el momento de caer en poder de los realistas, unos dominadores del movimiento, y que despreciaban sus instituciones y dogmas como cualquier otro; maldecían indistintamente las cámaras; pedían las leyes y la monarquía de la vieja Inglaterra; despreciaban con insulto los austeros rigores del nuevo culto, se entregaban á juegos prohibidos; celebraban fiestas suprimidas, y volvían á levantar los caídos árboles de mayo. Se recibió por Hammond la noticia de que no pudo el rey escaparse, y los más moderados temblaban al pensar, que podía presentarse á las puertas de Londres, á la cabeza de muchos millares de insurgentes: odios de partido, deseos de paz, temores de lo venidero, todo cedió á tan inminente peligro. Para quitar á la rebelión su más especioso pretexto se votó que empezarian nuevos tratados, y la municipalidad obtuvo el entero desquite de su alderman. Skippon tomó el mando de la milicia, el coronel West el de la torre, del que le había separado Fairfax; un bando contra la herejía y la blasfemia, que en ciertos casos llegaba hasta conminar con la pena de muerte, fue la señal de haber vuelto los presbiterianos al poder.

Al propio tiempo fue rehusada toda concesión hacia los realistas; se desterró de nuevo de Londres bajo las más severas penas á los papistas

y mal hechos; los bienes de los delincuentes fueron destinados al pago de las deudas contraídas con los amigos de la buena causa; se activó la venta de los bienes de la iglesia; partieron refuerzos para la guarnición de Carisbrooke; el consejo municipal, después de haber recibido comunicaciones que para él fueron « como un rayo de luz que hiere al través de las nubes », protestó solemnemente que estaba resuelto á vivir y morir con el parlamento. Finalmente Fairfax tuvo orden de dirigirse inmediatamente contra las hordas que infestaban los alrededores de Londres; Lamberto de dirigirse á los condados del Norte para contener por lo menos la insurrección que habían hecho estallar Langdale y Musgrave, esperando á los escoceses; y por una inaudita violencia, sin duda para probar la sinceridad de sus rigores, los diputados votaron que no pudiéndose excusar los rebeldes con la presencia del rey, no les sería dado cuartel.

Tres días después de su salida de Windsor, Fairfax alcanzó y batió en Maidstone, el principal cuerpo de los insurgentes; en vano se esforzaron en evitar el encuentro, obligados á llegar á las manos, sostuvieron en las calles de la ciudad un largo y sangriento combate. Siempre poseidos del más ardiente fanatismo, aguerridos ya, aborreciendo á los realistas y despreciando á unos soldados visos, los de Fairfax arrostraban encolezados una guerra cuyo peligro les parecía una afrenta. Recorrieron á marchas forzadas el condado de Kent, dispersando cada día alguna partida ú ocupando alguna plaza, fieros para con el país, pero exactos en la disciplina y no dando á los realistas tregua ni descanso. Goring llegó á pesar de eso á reunir 3 ó 4,000 hombres, y apareció á su frente en Blackheath, casi á las puertas de Londres, con la esperanza que estallaría una revolución al acercarse él, ó que á lo menos recibiría bajo mano algunos refuerzos. Escribió al mismo tiempo al consejo municipal, pidiendo permiso de traspasar la ciudad para reunirse con los suyos en el condado de Essex. El consejo, en vez de responderle, envió su carta sin abrirla á la cámara baja, dispuesto, según decía, á arreglar su conducta con la voluntad de aquella.

A esta noticia el desorden y el desaliento se apoderó de los realistas, desertaron á bandadas, y Goring tuvo bastante que hacer para reunir 7 ú 800 hombres y pasar por el Támesis en Greenwich, marchando con ellos hácia el condado de Essex. Allí encontró todavía fuerte y animada la insurrección al cargo de sir Carlos Lucas. Lord Capel se les reunió con algunos caballeros del condado de Hertford; se dirigieron juntos á Colchester, un poco alentados, proyectando descansar tres ó cuatro días y

recorrer en seguida los condados de Suffolk y Norffolk levantando á los realistas á su paso, y volver á Londres por el condado de Cambridge, á la cabeza de numeroso ejército. Pero apenas habían entrado en la ciudad, cuando apareció Fairfax bajo sus muros, y la puso en grande aprieto. Quince días de campaña habían sido suficientes para acorralar en una ciudad casi indefensa los restos de una insurrección que circuía á Londres por todas partes. Probó de reanimarse en algunos puntos de los condados de Rutland, Northampton, Lincoln y Sussex. En el mismo centro de la capital, á la vista del parlamento, los lores Holland, Peterborough y Buckingham tomaron las armas, y seguidos de cerca de 1,000 caballeros salieron de la ciudad, proclamando que no tenían ningún deseo de sacrificar al rey las libertades públicas, y que solo querían restituírle sus legales derechos.

Como permaneciesen aun alrededor de Londres, sir Michel Livesey, destacado contra ellos del cuartel general, los atacó bruscamente, hirió muchos oficiales, entre ellos al joven sir Francisco Villiers, hermano del duque de Buckingham, y reforzado al otro día con el regimiento del coronel Scroop, los persiguió sin descanso hasta el condado de Huntingdon, donde cansados de huir se dispersaron por todas partes, dejando á lord Holland herido en poder de los enemigos. En el Este y en el Sur tampoco tuvieron mejor éxito las tentativas. Se recibieron cartas de Cromwell, que prometía apoderarse dentro de quince días del castillo de Pembroke, baluarte de los insurgentes del Oeste. En el Norte, Lamberto, si bien que con inferiores fuerzas, sostenía con valor contra los realistas de Langdale el honor y autoridad del parlamento. Colchester finalmente, á pesar de la indomable resistencia de los sitiados, que no temían ningún peligro ni asalto, apretado por el hambre, no se pudo sostener mucho tiempo contra Fairfax dejándole libre de todo otro cuidado.

Recobrados de su primera turbación, seguros de no caer ya en manos de los realistas, los presbiterianos comenzaron á inquietarse por los republicanos, por el ejército y la paz. Las peticiones con que esta se solicitaba siempre numerosas aunque menos altaneras, tuvieron mejor acogida. Quedó revocada la proscripción de los once miembros, y se les brindó á ocupar de nuevo sus asientos. Se habló de presentar nuevas proposiciones al rey, menos duras que las antecedentes; se mostraron dispuestos á entrar en negociaciones con él, si de antemano consentía: 1.º En revocar todas sus proclamas contra las cámaras. 2.º En abandonar por diez años las fuerzas de mar y tierra. 3.º En establecer por tres años en la